

El fantasma del mercado

Historias oscuras del mercado de Oaxaca

NIVEL B1

Lectura graduada en español

Español (México)



Sobre esta serie

Esta serie es para estudiantes de español de nivel B1. Está ambientada en el viejo mercado de Oaxaca, un lugar lleno de colores, olores y secretos. Tomás Reyes, un comerciante de hierbas y velas, nos cuenta lo que vio allí: cosas que la razón no puede explicar.

Los primeros capítulos son historias casi independientes. Cada martes, algo extraño ocurre en el mercado. Pero poco a poco, Tomás descubre que todas esas apariciones están unidas por un mismo secreto, y la serie se convierte en una sola historia larga y oscura.

Al final de cada capítulo hay un glosario en inglés y seis preguntas de comprensión. Las respuestas están al final del libro. El texto usa el pretérito y el imperfecto para narrar, vocabulario descriptivo y frases de nivel intermedio. Es una lectura para aprender español mientras sientes un escalofrío en la espalda.

Índice

1. El cliente de los martes	4
2. La moneda antigua	12
3. La mujer que llora	20
4. El olor a humo	28
5. El puesto cerrado	35
6. El niño perdido	42
7. Lucía y el archivo	50
8. La lista de nombres	58
9. El guardián del silencio	66
10. La bodega bajo el mercado	74
11. El hombre del martes habla	82
12. La traición	90
13. La noche del fuego	98
14. Lo que quieren los muertos	106
15. El descanso	113
Respuestas	120

Capítulo 1

El cliente de los martes

Un hombre callado compra velas

Llevo toda mi vida en el mercado de Oaxaca. Mi madre tuvo este puesto antes que yo, y su madre antes que ella. Vendemos hierbas, veladoras y velas de todos los colores. Conozco cada rincón de este lugar: los pasillos oscuros, el olor a copal, el ruido de la gente por la mañana. Pensaba que ya nada podía sorprenderme. Estaba equivocado.

Todo empezó un martes de octubre, poco antes del Día de Muertos. Eran casi las ocho de la noche. El mercado ya estaba casi vacío. La mayoría de los comerciantes habían cerrado sus puestos y solo quedaban algunas luces encendidas. Yo estaba guardando las hierbas secas cuando sentí que alguien se acercaba.

Levanté la vista. Era un hombre alto, delgado, vestido con un traje gris pasado de moda. Tenía el sombrero en la mano y la cabeza un poco baja. No lo había oído llegar, y eso me pareció raro, porque el suelo del mercado siempre cruje.

—Buenas noches —dije—. Ya casi cierro, pero dígame qué necesita.

El hombre no contestó de inmediato. Me miró con unos ojos tristes, muy oscuros, y después habló con una voz baja y lenta.

—Velas —dijo—. Doce velas blancas, por favor.

Me pareció una petición normal. Mucha gente compra velas blancas en esta época, para los altares de los muertos. Empecé a contar las velas y las envolví en papel. Mientras lo hacía, lo observé de reojo. Su ropa era elegante, pero de otra época, como salida de una

fotografía vieja. Los zapatos estaban limpios, sin una gota del lodo que había en las calles esa noche. Eso también me pareció extraño, aunque en ese momento no supe por qué.

Mientras contaba las velas, sentí un frío extraño, como si la temperatura del puesto hubiera bajado de golpe. El aire olía distinto, a tierra húmeda y a algo dulce que no reconocí. Pensé que era el viento de la noche que entraba por los pasillos. Las luces de mi puesto parpadearon una vez, dos veces, y volvieron a la normalidad.

—Hace frío esta noche —dije, solo por decir algo.

El hombre no respondió. Se quedó mirando las velas con una expresión que no supe leer. Había tristeza en su cara, sí, pero también algo más profundo, como una pena antigua que llevaba mucho tiempo cargando.

—Son sesenta pesos —dije.

El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda. La puso sobre el mostrador sin decir nada. Yo la tomé sin mirarla bien, se la guardé, y le di las velas.

—Gracias —murmuró—. Vuelvo el martes que viene.

Y se fue. Caminó despacio hacia el pasillo oscuro y desapareció entre las sombras. En ese momento no le di importancia. Terminé de cerrar y me fui a casa.

Pero al día siguiente, cuando abrí la caja para contar el dinero, encontré la moneda. Y entonces sí la miré bien. No era una moneda normal. Era vieja, de un metal gastado, con un año grabado que me heló la sangre: era una moneda que ya no existía, de un tipo que habían dejado de usar hacía más de treinta años.

Pensé que alguien me había pagado con una moneda antigua por error. Cosas así pasan. La guardé en un cajón y traté de olvidarla.

Esa semana estuve inquieto sin saber por qué. Cada noche, al cerrar, miraba hacia el pasillo oscuro por donde se había ido aquel hombre. No volví a verlo. Pero no podía dejar de pensar en sus ojos tristes y en su voz lenta.

Los días siguientes fueron extraños. Trabajé como siempre, atendí a mis clientes, vendí mis hierbas y mis velas. Pero no podía quitarme de la cabeza al hombre del traje gris. Por las noches, al cerrar, sentía que alguien me observaba desde las sombras del pasillo. Me daba la vuelta rápido, pero nunca había nadie.

El jueves ocurrió algo pequeño que me inquietó todavía más. Una clienta joven se acercó a mi puesto a comprar copal. Mientras le cobraba, ella miró hacia el pasillo oscuro y frunció el ceño.

—Qué frío hace ahí atrás —dijo—. ¿Siempre está así de frío esa parte?

—A veces —mentí.

—Es raro —murmuró ella—. Se siente como... como un cementerio.

Se fue rápido, sin mirar atrás. Yo me quedé pensando en sus palabras. No era el único que sentía algo. El mercado entero parecía más silencioso de lo normal esa semana, como si estuviera esperando algo.

El sábado fui a la iglesia, cosa que no hacía desde hacía tiempo. Encendí una vela y recé un poco, aunque no sabía bien por quién rezaba. ¿Por mí? ¿Por Ernesto? Al salir, me crucé con doña Chelo, que también había ido a misa.

—¿Todavía tienes miedo? —me preguntó.

—Sí —confesé.

—Bien —dijo ella, para mi sorpresa—. El miedo te va a mantener con cuidado. Los que no tienen miedo son los que se meten en problemas.

El martes siguiente, tal como había prometido, el hombre volvió.

Apareció otra vez a las ocho de la noche, cuando el mercado se vaciaba. El mismo traje gris, el mismo sombrero en la mano, la misma cabeza baja. Y otra vez no lo oí llegar.

—Buenas noches —dije, y esta vez mi voz tembló un poco—. Usted vino la semana pasada.

—Doce velas blancas —repitió, como si no me hubiera escuchado—. Por favor.

Le preparé las velas con las manos frías. Cuando pagó, puso sobre el mostrador otra moneda igual a la primera: vieja, gastada, imposible. Quise preguntarle algo, pero las palabras no me salieron. Lo miré a los ojos y, por un instante, tuve la sensación de que él quería decirme algo, de que había un mensaje atrapado detrás de su silencio. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

—Vuelvo el martes que viene —dijo de nuevo, y se marchó hacia las sombras.

Esta vez lo seguí. Salí de mi puesto y caminé detrás de él por el pasillo oscuro. Lo vi doblar en una esquina, hacia la zona vieja del mercado, donde hay puestos cerrados desde hace años. Apuré el paso. Pero cuando llegué a la esquina, el pasillo estaba vacío. No había ninguna puerta abierta, ninguna salida cercana. El hombre simplemente ya no estaba. Se había desvanecido en el aire, como el humo de una vela apagada.

Me quedé solo en la oscuridad, con el corazón golpeándome el pecho. En el silencio, me pareció oír, muy lejos, el llanto de una mujer. Pero cuando contuve la respiración para escuchar mejor, el sonido desapareció.

Esa noche no dormí. Al día siguiente, fui a hablar con doña Chelo, la señora que vende fruta en el puesto de enfrente. Doña Chelo lleva en el mercado más años que nadie. Es vieja, pequeña y sabe todo lo que pasa entre estos pasillos.

—Doña Chelo —le dije—. ¿Usted conoce a un hombre alto, de traje gris, que compra velas los martes por la noche?

La señora dejó de acomodar sus naranjas. Se quedó muy quieta. Después me miró con una seriedad que nunca le había visto.

—Descríbemelo otra vez —dijo en voz baja.

Le describí al hombre: el traje pasado de moda, el sombrero, los ojos tristes, la voz lenta. Mientras hablaba, la cara de doña Chelo se ponía cada vez más pálida.

—Tomás —dijo por fin—. Ese hombre que describes se llamaba Ernesto. Yo lo conocí. Compraba velas en este mismo puesto, cuando tu madre todavía vivía.

—Entonces está vivo —dije, aliviado—. Solo es un cliente viejo que...

—No —me interrumpió doña Chelo—. No me entiendes. Ernesto murió hace más de diez años. Yo fui a su funeral. Lo enterramos aquí, en Oaxaca.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies. Quise reírme, decir que era una broma, que había otro hombre igual. Pero pensé en las monedas antiguas guardadas en mi cajón, en el frío que llegaba

con él, en el silencio de sus pasos.

—Doña Chelo —susurré—. Va a volver el próximo martes.

La anciana me tomó de la mano. Tenía los dedos helados.

—Escúchame bien —dijo—. Si vuelve, no le hagas preguntas. Véndele las velas y déjalo ir. Hay cosas en este mercado que llevan aquí más tiempo que nosotros. Y no todas quieren descansar.

—Doña Chelo —dije—. Anoche lo seguí. Desapareció en el pasillo viejo, cerca de los puestos cerrados. Y me pareció oír a una mujer llorando.

La anciana cerró los ojos un momento, como si le doliera algo por dentro.

—No vayas a esa parte del mercado de noche —dijo—. Nunca. Prométemelo.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

—Cosas viejas —respondió, y no quiso decir más—. Ernesto era un buen hombre, Tomás. Cuando estaba vivo, todos lo querían. Si su alma no descansa, es porque algo lo retiene aquí. Algo que pasó hace mucho, algo que nadie quiere recordar.

—¿Qué pasó? —insistí.

Doña Chelo me miró con sus ojos cansados. Por un momento pareció que iba a hablar. Pero luego sacudió la cabeza.

—Hay preguntas que es mejor no hacer —dijo—. Ve a tu puesto, hijo. Y cuídate los martes.

Volví a mi puesto sin decir nada. Guardé las hierbas, apagué las luces y me quedé mirando el pasillo oscuro. Pensé en las palabras de doña Chelo, en las monedas antiguas, en el llanto lejano de

aquella mujer. Faltaban seis días para el próximo martes. Y por primera vez en mi vida, tuve miedo de mi propio mercado.

Esa noche, antes de dormir, saqué las dos monedas del cajón y las puse sobre la mesa. A la luz de mi lámpara, leí otra vez el año grabado en el metal. Y entonces noté algo que no había visto antes: las dos monedas tenían la misma fecha, el mismo día exacto marcado con un pequeño rasguño, como si alguien lo hubiera señalado a propósito. Un martes, muchos años atrás. El día, tal vez, en que todo empezó.

Glosario

el puesto	the stall (market) <i>Mi madre tuvo este puesto antes que yo.</i>
la veladora / la vela	votive candle / candle <i>Vendemos hierbas, veladoras y velas.</i>
el copal	copal incense <i>El olor a copal.</i>
crujir	to creak <i>El suelo del mercado siempre cruje.</i>
pasado de moda	old-fashioned <i>Un traje gris pasado de moda.</i>
el mostrador	the counter <i>Puso la moneda sobre el mostrador.</i>
gastado/a	worn (out) <i>Una moneda vieja, de un metal gastado.</i>
helar la sangre	to freeze one's blood <i>Un año grabado que me heló la sangre.</i>
inquieto/a	uneasy, restless <i>Estuve inquieto sin saber por qué.</i>

el altar	the altar <i>Para los altares de los muertos.</i>
el funeral	the funeral <i>Yo fui a su funeral.</i>
descansar	to rest <i>No todas las cosas quieren descansar.</i>

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué vende Tomás en su puesto del mercado?
2. ¿Qué tiene de extraño la moneda con la que paga el hombre?
3. ¿Qué siente Tomás cuando el hombre está cerca?
4. ¿Quién es doña Chelo y por qué la busca Tomás?
5. ¿Qué le revela doña Chelo sobre el hombre del traje gris?
6. ¿Qué consejo le da doña Chelo a Tomás?

Para el docente / estudiante. Este primer capítulo establece el tono y al narrador en primera persona. Practica el contraste entre pretérito (acciones) e imperfecto (descripciones y ambiente), clave para narrar en español.